

cumbres del arte literario; sus novelas *Ana Karenina* y *Guerra y Paz*, por ejemplo, nacieron para ser inmortales, pero cultivó el camino de los renunciamientos, del despojamiento, en pro de una brújula ética, del compromiso ampliamente político de preocuparse por los demás, por su destino social, por su educación, y tomó un camino que era el del pacifismo, el del socialismo cristiano y el de la renunciación monástica. Un hombre que todo lo tuvo y que murió sin nada, dándolo todo. Azorín, líder de su generación, dedica al ruso un artículo inolvidable en *Alma española* el 6 de octubre de 1903.

En Argentina, Ezequiel Martínez Estrada se asemeja a un Tolstoi criollo, o americano, que busca ese socialismo cristiano, ese compartir los bienes sociales y el pan con justicia, un camino que lo lleva a adherirse a la Revolución Cubana, a viajar a Cuba y trabajar en ella, especialmente a dedicarse a un larguísimo estudio sobre José Martí, otro héroe signado por los renunciamientos en pro de la lucha por los demás. Su amigo del alma, al que llamaba su hermano –Horacio Quiroga– va a mostrar asimismo la honda influencia de Tolstoi, reforzada por la de Henry David Thoreau, y en su cabaña del norte argentino –hecha con sus propias manos– repetirá el modelo del Walden de Thoreau y la vida despojada, sencilla, en comunión con la naturaleza, con el campo, la vida de las confiables manos ásperas que consagrara Tolstoi.

Unamuno, por su parte, se confesará afecto a cierto cristianismo sentimental y al socialismo y declarará abiertamente: «Pero pronto comprendí que mi fondo era y es, ante todo, anarquista». En 1901, el trío de la revista *Los Tres*, Azorín, Baroja y Maeztu, viaja a Toledo; allí se declaran anarquistas en la magna sala de sesiones del gobierno.

En Martínez Estrada los componentes socialistas y anarquistas están presentes desde los primeros momentos de su vida ya en la década del veinte, la obra del argentino destila estas lecturas. En sus libros de poesía, el anarquismo y el orientalismo –que, por cierto, es una forma de anarquismo trasladada a la esfera de lo religioso, donde no conoce autoridades institucionales– se mezclan al unísono, representando así fenómenos de coescritura (entendiendo por tal, la coincidencia textual de escritores de una misma época y de una misma literatura que generalmente se han tratado) con el muy marcado orientalismo de Ricardo Güiraldes, y con el orientalismo y anarquismo de Juan L. Ortiz; más tarde reaparecen con marcas textuales en el que realmente es su primer libro de ensayos, no el celeberrimo *Radiografía de la Pampa* de 1933 sino el largo, inédito e inconcluso *Filosofía del Ajedrez*, que comenzará a escribir en 1924 (como lo prueban los dos capítulos primeros que publicará ese año en el diario *La Nación* de Buenos

Aires) y que nosotros acabamos de descifrar, ordenar y armar en agosto de 1997. En este autor, el socialismo y el anarquismo no son una extraña evolución final de su pensamiento –como han afirmado algunos críticos extrañados– sino una marca de sus primeras lecturas como lo ha señalado Pedro Orgambide. Su orientalismo es muy similar al neobudismo que Guillermo Díaz Plaja marca como característico de la generación del 98 en el momento en que ha terminado el positivismo y los hombres se abren a diversas variantes del ocultismo. Por otra parte, ese anarquismo está presente en su rechazo político al gobierno de Hipólito Yrigoyen que tuviera sangrientos enfrentamientos con grupos sociales obreros de esa procedencia política, rechazo que está documentado en las revistas que dirigió o codirigió como *Trapalanda* o *La Vida Literaria*.

En cambio, Manuel Gálvez está políticamente en la vereda de enfrente del anarquismo, representando el prenatalismo y en el *Diario*, del que hablamos ya, se complace en que los estudiantes hayan incendiado las imprentas anarquistas porque en ello ve la energía nacional y se muestra incapaz de leer la violencia prepotente.

Otra figura maestra y rectora de la generación española fue Nietzsche, quien desempeñó un papel de guía muy marcado. Martínez Estrada dedica una de las partes de su libro de ensayos *Heraldos de la Verdad* a la interpretación de su complejo pensamiento, pero en realidad su influencia se extiende sobre toda su obra. La teoría del eterno retorno –que éste tomara a su vez de los griegos– está en la base de su idea de los invariantes históricos de la Argentina tales como el miedo o el andar hacia atrás.

Nietzsche, por otra parte, es guía también en *Historia de una pasión argentina* de Eduardo Mallea, y su influencia descomunal recorre casi toda la obra de José Ingenieros cuyas clasificaciones tipológicas en *El Hombre Mediocre* están en deuda con la noción de superhombre del alemán, por dar un solo ejemplo de una proyección mayúscula.

Schopenhauer, Nietzsche (especialmente el concepto del hombre como un puente tendido sobre el abismo, que proviene de *Así hablaba Zaratustra*) y Kierkegaard pueden leerse también en palimpsesto en *F.G. Un bárbaro entre la belleza* de H. A. Murena, el curioso libro al que consideramos aquí como un ensayo sólo por predominio porcentual discursivo, pero en la obra de Murena, a la par del elogio de Goethe, se ve el fin de los valores de la generación española porque ya no interesa la construcción de un discurso político sino la de los ideogramas de la trascendencia, del camino y, a la vez, del vacío espiritual.

Una característica común de la generación del 98 fue el autodidactismo, es decir, la tendencia a alejarse de las universidades y a acercarse, a refu-

giarse, en las bibliotecas. Modelo de ello fue el precursor Ángel Ganivet que se labró una cultura refinada sin pasar por las aulas de la universidad. Más que estudiosos institucionales, estos intelectuales fueron grandes lectores orgullosos de su autodidactismo como actitud de vida. Martínez Estrada reitera con exactitud esa tendencia y ese orgullo, reforzados por el ejemplo de algunos escritores locales autodidactas que admiraba sobremedera tales como Sarmiento, Groussac y Ameghino –mientras que era ese autodidactismo una de las virtudes que encontró en la génesis del gran escritor que llegó a ser Hernández. De la influencia del autodidactismo noventayochista proviene también su acerba crítica a la universidad tal como puede leerse en *Radiografía de la Pampa* y en *Conspiración en el País de Tata Batata* –la novela inconclusa que encontramos en manuscritos desprolijos en su biblioteca–.

Un tema que nuclea a la generación del 98 es el *Quijote* de Cervantes. En su conmemoración aparecen *La Vida de Don Quijote y Sancho de Unamuno*, *Don Quijote*, *Don Juan* y *La Celestina* de Maeztu y *La ruta de Don Quijote* de Azorín; en ellos no se trata sólo de la obra de Cervantes sino de la identidad nacional española. Un fenómeno comparable es el que ocurre en el aniversario de la Revolución de Mayo en Argentina: en 1909 aparece *La Restauración Nacionalista* de Ricardo Rojas y en 1910 aparecen *El juicio del siglo* de Joaquín V. González y *El diario de Gabriel Quiroga* de Manuel Gálvez (y en poesía, las *Odas Seculares* de Lugones), donde de lo que se trata también es de la identidad nacional argentina.

Unamuno no sólo está presente en los ensayos de Manuel Gálvez sino también que influye en sus novelas a propósito de una de las cuales –*La maestra normal*– escribe su artículo «La plaga del normalismo»; ambos sostienen un profuso epistolario sobre temas hispanoamericanos. Otro tanto hace con Ricardo Rojas desde el momento que recibiera *La Victoria del Hombre*. Por su parte, el concepto de «intrahistoria» de Unamuno que alude a una historia dentro de la historia, que contiene la esencia de la vida humana, una historia que a veces se le escapa a la historia oficial pero que es más fuerte que ésta y más determinante, es retomada tanto por Ricardo Rojas en *Eurindia* como por Martínez Estrada en *Radiografía de la Pampa*.

A su vez, las obras noventayochistas españolas sobre el *Quijote* que acabamos de mencionar, se proyectan sobre los ensayos de Alberto Gerchunoff, especialmente sobre *Nuestro señor Don Quijote*, *La jofaina maravillosa* y *Retorno a Don Quijote*.

Para algunos críticos existe un *grupo epigonal* de la generación del 98 integrado por Eugenio D'Ors, José Ortega y Gasset y Américo Castro. De ese grupo también llegan las recidivas hasta la Argentina.

La hegemonía del pensamiento de Ortega y Gasset sobre *Radiografía de la Pampa* sólo puede clasificarse de excesiva. El concepto de Ortega de Buenos Aires como una *factoría*, como una ciudad sin nacionalidad ni ideales, convenció a Martínez Estrada hasta obnubilarlo: «*La Gran Aldea* de L. V. López es la factoría de Ortega y Gasset». También lo tiene en cuenta para elaborar su propia tipología del guarango, en el que se ocultan, según el español, los resortes mejores del alma argentina. Es uno de los viajeros europeos a los que admira, otorgándole poderes de observación de los que carecen los autóctonos: «un matiz que sólo advierte el ojo extranjero». «La pampa...promesas», con su noción del argentino como alguien que vive pendiente del *futuro*, recorre su propio texto, y sigue también al pie de la letra a Ortega para considerar a Buenos Aires como ciudad del anónimo.

La excesiva admiración no era mutua. En *Historia de una afición a leer*, Máximo Etchecopar registra muchos datos de la tercera visita de Ortega y Gasset a la Argentina en 1939, entre ellos su asistencia a un homenaje a Fernández Moreno. Más tarde, Ortega se refirió con elogios al discurso que había pronunciado Martínez Estrada en dicha ocasión: «Le interesó, me dijo, la lengua —el léxico y sintaxis peculiares— del argentino. Oírle decir esto a mi exigente amigo y sentir verdadero alborozo fue una y la misma cosa, porque yo era lector entusiasta de nuestro amargo literato». Como Etchecopar admiraba mucho a *La Cabeza de Goliath*, decidió írselo a leer a Ortega en su casa, pero al llevar leídas tres o cuatro páginas del primer capítulo, Ortega lo interrumpió y le dijo: «Ese señor no dice una sola cosa que sea acertada... Es como si no supiera de qué está hablando».

Más tarde, *La Rebelión de las Masas* parece legarle la noción de la función antisocial y caprichosa de las multitudes pero a ello el argentino sumará el aristocratismo que lo caracteriza (con su horror por los gobiernos de masas, por la demagogia) y que no está en discordancia con el socialismo argentino, teniendo formas semejantes anteriormente en las obras de José Ingenieros, tanto en *El Hombre Mediocre* como en otras. Y le sumará el concepto de inhistoricidad de Spengler, referido a la situación del hombre que vive antes, después o fuera de una cultura, influyente concepto que llegó a los españoles en el marco del acercamiento a la cultura europea que realizan con empeño y de la abundancia de traducciones de obras escritas inicialmente en lengua alemana, que caracterizó a la generación y fue trabajo destacado de figuras como Ortega y Gasset en su —como dice Borges— «alemanización del pensar hispánico».

La autoridad del español sobre Victoria Ocampo no fue meramente textual. Según Matamoro, la revista *Sur* fue bautizada así «por Ortega, por teléfono, desde Madrid». El grupo que toma su nombre de ella muestra su